FELIPE.

COMEDIA DE MR. SCRIBE

EN DOS ACTOS Y EN PROSA,

arreglada al teatro español

POR

ON RAMON ARRIALA. pseud

[Mariano José de Larra]

MADRID.
IMPRENTA DE REPULLÉS.
Febrero de 1832.

PERSONAS.	ACTORES.
Doña Isabel.	*Sra. C. Rodriguez.*
Matilde, su sobrina.	*Sra. M. Fabiani.*
Don Fernando, vizconde de Blanca Flor.	*Sr. J. Valero.*
Felipe.	*Sr. C. Latorre.*
Federico.	*Sr. J. Molits.*
Lorenzo.	*Sr. M. Morales.*
Criados.	

La Escena es en Madrid en casa de Doña Isabel.

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTISTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T. BORRAS

N.° de la procedencia

ACTO PRIMERO.

El teatro representa una hermosa habitacion con una puerta en el fondo y otras dos laterales; la de la derecha del actor es la del cuarto de Matilde; la de la izquierda la del de Federico. A este lado un velador; al otro una mesa grande con tintero, &c.

ESCENA I.

DOÑA ISABEL *y* MATILDE *sentadas* (1).

Mat. Pero, querida tia, ¿es algun delito acaso interesarse en la suerte de Federico? Es tan bueno, tan amable, tan desgraciado... Un jóven huérfano, aislado, que nunca ha conocido á sus padres... ¿Usted misma no le recogió en su casa desde su mas tierna infancia? ¿No le ha dado usted una educacion nada comun...

Isa. Eres muy niña todavia, Matilde. Es verdad que no es un delito querer á

(1) *La primera borda, la segunda de-a un libro en que ha estado leyendo.*

721509

Federico; que lo merece, ¡ah! sin duda; pero una jóven de tus años debe ocultar sus sentimientos, y...

Mat. Señora...

Isa. Sí, hace dias que tenia ganas de hablarte de esto; noches pasadas fuimos á la ópera; yo le habia ofrecido mi palco á Federico, le habia hecho este honor; pero estaba alli con nosotros el vizconde de Blanca Flor, mi sobrino. El vizconde, aunque tiene algunos defectos propios de la juventud, reune las mas brillantes cualidades; y esto te lo digo, Matilde, porque quisiera que lo tuvieras presente... Tengo entre manos un proyecto de que te hablaré despues. Pero volviendo á la ópera, tú no hiciste en toda la noche mas que reir á carcajadas, y chichisvear con Federico. El podria decirte cosas muy divertidas, pero, hija mia, en la ópera no parece del buen tono reirse de esa manera. Despues al salir aceptaste el brazo de Federico, sin guardar respetos al vizconde, que te ofrecia el suyo.

Mat. Yo creí que podia... Es tan amable...

Isa. Ah, no, no; es preciso que te acuerdes de quien eres, que consultes siempre la etiqueta.

Mat. Ah, yo no hubiera consultado mas que á mi corazon... Federico le está

usted tan agradecido... la quiere á usted tanto...

Isa. Lo creo, Matilde; y tendria un sentimiento si no lo creyese; pues á pesar de eso, dejando aparte mi clase, no veo en él aquellas consideraciones y respetos que yo pudiera exigir de un jóven que debe á mí todo cuanto es... Sin ir mas lejos, ahi tienes, él vive en mi misma casa como un hijo, nunca le he negado la entrada en mis *suarés*, él pudiera venir todas las noches á formarse, á aprender los modales de la buena sociedad, las maneras del buen tono; pues tú misma lo ves, apenas parece alguna noche.

Mat. Pero tia, sea usted imparcial tambien. Esa sociedad será muy hermosa... pero no es divertida.

Isa. ¡Cómo! Matilde.

Mat. Quiero decir, para un jóven como él... no oir hablar de otra cosa mas que de la antigüedad de nuestro apellido, de los veros y cuarteles que entran en nuestro escudo, de las proezas de los Hurtados de Mendoza... yo misma, y eso que soy de la familia, le aseguro á usted que muchas veces...

Isa. Matilde...

Mat. Con que con cuánta mas razon se fastidiará ese pobre Federico, jóven,

vivo, atolondrado... ello es verdad, yo lo confieso, tiene los cascos ligeros; ¡pero tiene tan buen corazon! ¡Ah! Creame usted, nos hemos criados juntos, y le conozco perfectamente. No se puede usted figurar hasta dónde llega el agradecimiento, el cariño que le profesa á usted.

Isa. ¿Lo crees asi, Matilde?

Mat. Ciertamente, y si no lo que hizo el dia que se desbocaron sus caballos de usted. Mi primo el vizconde de Blanca Flor se estaba en la acera á una distancia respetable, dando voces y pidiendo socorro; pero Federico se arrojó á detener los caballos con riesgo de ser atropellado, y los detuvo. ¿Quién sabe si le salvó á usted la vida? Pues para que usted no se asustára viendo su vestido roto y sus manos llenas de sangre, se escabulló entre la gente, y me vino á encargar que no dijera una palabra.

Isa. Y tú lo has callado: has hecho muy mal, y yo no sabia nada. ¡Pobre Federico!

Mat. Yo creo, aqui para entre las dos, que el rango de usted le intimida. Cuántas veces me dice... porque conmigo tiene sus conversaciones muy tiradas.

Isa. ¡Hola!

Mat. Sí; no le debo de parecer tan imponente como usted... Pues, cuántas veces me dice: "¡Ah! ¡que no tuviera yo una ocasion para probarle á mi bienhechora mi agradecimiento! Con qué placer daria mi vida por ella... Si al menos estuviese casada, yo podria ser útil en algo á su esposo... si fuese militar yo le seguiria á la guerra, mi cuerpo le serviria de escudo..."

Isa. ¿Eso dice?

Mat. Sí señora; y por cierto que eso me ha hecho pensar muchas veces en una cosa... ¿Por qué no se ha querido usted casar nunca, querida tia?

Isa. (1) ¿Por qué? Porque... esa es una pregunta pueril, y...

Mat. Pues á mí me parece que siendo de tan buena familia y con dinero, no hubieran faltado muchos que...

Isa. Sí... de buena familia... por lo mismo es preciso casarse con un igual, y estos son pocos. Tú piensas como mi hermana; reconozco en tí las ideas de tu madre, que en lugar de seguir mi ejemplo, escogió en una clase muy inferior un marido que tenia dinero, pero nada mas.

(1) *Sorprendida.*

Mat. Verdad es; dicen que mi padre no era noble, y que era millonario; pero para eso queria mucho á mi madre, y la hizo tan feliz que...

Isa. Ah, no, esa no es una disculpa; la felicidad á que puede conducirnos una falta no basta para justificarla.

Mat. Pues á no ser por esa falta no tendria usted ahora á su lado á una sobrina que la acompaña, y la quiere, y...

Isa. Yo te lo agradezco, Matilde; pero... Alguien viene, será Federico, á quien he enviado á llamar, y que ya tarda demasiado. No, es Felipe.

ESCENA II.

Dichas y FELIPE *con unos papeles en la mano.*

Isa. ¿Qué es eso, Felipe?

Fel. El correo y las cuentas del mes, porque hoy es el 1.º

Isa. Bien, bien. ¿Para que las he de ver?

Mat. Bien se puede fiar en Felipe: no es un mayordomo adocenado.

Isa. ¡Oh! Felipe es todo un hombre de bien. Yo, gracias á su zelo, tengo fama de ser dos veces mas rica de lo que en realidad soy, gasto muchísimo, no sé lo que son deudas, y siempre tengo dinero á mi disposicion...

Fel. Señora, no hago mas que lo que debo: mire usted...

Isa. Es inútil, Felipe.

Fel. La señora nunca quiere ver lo que firma; pues eso es muy mal hecho; vamos, léalo usted, léalo usted; es preciso (1).

Mat. Es particular, en toda la casa nadie se atreve á hablar á mi tia con ese tono, y sin embargo no se enfada. Estos criados antiguos tienen derecho para todo.

Fel. (2) Hago mal... lo conozco, señorita, pero un antiguo militar no puede hablar como un cortesano.

Isa. ¿Qué es esto? (3) *Limosnas que ha dado la señora, tres mil reales.* Esto sube muchísimo mas que otros meses.

Fel. Señora, es usted tan caritativa... y los tiempos estan tan malos, que todos acuden aqui, artesanos indigentes y sin trabajo, soldados pobres que han derramado su sangre en los campos de batalla; en fin, compañeros antiguos de armas, benéficos tambien cuando podian, como yo.

(1) *Isabel pasa junto á la mesa para examinar los papeles.*

(2) *Acercándose á Matilde.*

(3) *Leyendo.*

Isa. Ah, sí, sí; á Felipe debemos en cierta época el habernos salvado de algunos peligros.

Mat. Entonces ¿qué estraño es que le esté usted agradecida?

Isa. Acabemos... *Asistencias de Federico, mil reales.* Esto es demasiado para un mes.

Fel. ¿Demasiado, señora, para usted que le ha criado, que le protege... Es preciso hacer las cosas completas... que se instruya, que aprenda, que tenga maestros... ya sabe usted que el que no posee bienes de fortuna, necesita tener algun mérito.

Isa. Eso es precisamente de lo que él deberia estar convencido... Yo te he puesto á su lado, Felipe, para que le sirvas de ayo, de amigo. Y no estoy nada contenta con él, ni contigo tampoco: tú le echas á perder, le mimas, no tienes carácter: yo sé que muchas noches se recoje á deshoras...

Fel. Señora...

Isa. Ayer noche no le ví.

Fel. (¡Dios mio!)

Isa. Esta mañana le envié á decir que bajase, y aun no ha parecido.

Fel. Salió muy de mañana: tiene un repaso de leyes, creo; en fin, trabaja tanto, que á veces se pasa la noche...

Mat. ¿Lo ve usted, tia? Al fin enfermará.

sa. Ah, no, no; de ningun modo: tampoco quiero que trabaje tanto: yo se lo prohibiré.

el. (No, no es menester.)

sa. (1) Toma, ahi tiene su trimestre; dáselo de mi parte, y encárgale sobre todo la economía y la buena conducta.

el. Bien, señora: pero ya podia usted tener un poco mas de indulgencia: tiene sus faltas, pero si es un muchacho: es atolondrado, pero es pundonoroso; y en fin, si yo estuviera en su lugar puede que fuera peor que él.

iz. (2) ¿Todavia no han almorzado? Perfectamente.

sa. Esta es la voz de mi sobrino.

ESCENA III.

Dichos y el VIZCONDE (3).

n lacayo. (4) El señor vizconde de Blanca Flor (5).

(1) *Cojiendo una bolsa.*
(2) *Dentro.*
(3) *En un elegante negligé.*
(4) *Anunciando.*
(5) *Felipe arregla los papeles junto á mesa.*

Viz. Querida tia, siempre á los pies de usted: á Dios, prima; hoy estoy muy madrugador: yo mismo estoy absorto de verme en pie casi á la misma hora que todo el mundo.

Isa. ¿Pues cómo ha sido eso?

Viz. ¡Oh! Lo he tomado desde mas atrás: no me he acostado esta noche.

Fel. (No se le puede pedir mas arreglo.)

Mat. Escelente conducta, vizconde.

Viz. Verdad es que podia ser mejor; pero hija, hay tantos bailes este invierno, las noches son tan cortas, la vida se pasa en un momento.

Isa. ¿Almuerzas con nosotras? Matilde, anda, dispon que no tarden.

Mat. Voy, tia. Primo, con tu permiso: á Dios, Felipe.

ESCENA IV.

FELIPE, ISABEL *y el* VIZCONDE (1).

Viz. He venido en primer lugar á almorzar con usted, y en segundo, querida tia, á darla las gracias. ¿Ha visto usted ya al del caballo?

Isa. Demasiado amenudo le veo.

(1) *Isabel sentada firmando los papeles que le va presentando Felipe.*

Viz. Cómo ha de ser, tia mia; esos malditos caballos ingleses no tienen precio. Yo, la verdad, los caballos y la ópera... si el diablo me ha de llevar será por ese lado.

Fel. El señor vizconde cambia tan frecuentemente...

Viz. Cierto, es lo que yo digo: yo gasto lo mio y lo de mi tia, y lo de... pero ¡qué diantre! es preciso brillar en el mundo, que hablen de uno, y no ajustar nunca cuentas.

Fel. (Sobre todo cuando el dinero es de los demas.)

Viz. No hay otro camino. Si siquiera tuvieramos una guerra, seria un ahorro para mí; porque entonces, ó me matarian pronto, ó yo daria que decir, y de este modo me saldria mas barato.

sa. ¡Cómo! Esponer tu vida, ¿estás loco? El último vástago de la familia... de ningun modo; y ahora que viene á cuento debieras acordarte de quien eres muchas veces, y tener mas moderacion... ¿qué lance era aquel de que se hablaba tanto ayer?

iz. ¿Qué, sabe usted... ¿Y eso ha podido incomodarla á usted?

a. Y mucho.

iz. Sin embargo, bien sabe usted mi destreza, y lo que es en ese lance te-

nia yo razon. Yo habia visto en el teatro... ya sabe usted donde me pongo siempre, tia; desde alli asesto mi anteoto: pues bien, habia visto á una bailarina... un cuerpo, unos ojos, una alma, señor, una alma, y sobre todo un piececillo... ya puede usted figurarse, tia, quién.

Isa. ¡Fernando!

Viz. No tenga usted cuidado. Pues señor, es la sal del mundo: quisieron hacerme creer que tenia un rival.

Fel. ¡Cómo es posible!

Viz. Yo pensaba como Felipe, no quise creerlo; pero en estos tiempos suceden tantas cosas increibles... Pues señor, vuelo á casa de mi bella, que estaba en su tocador, voy á levantar el pestillo... buenas noches, estaba echada la llave, y oigo una vocecilla de *primo basso* que me responde: "¿quién va?"

Isa. ¡Ay Dios mio!

Viz. No queda duda; otro hubiera alborotado, hubiera dado una campanada: yo por el contrario, no pudiendo remitir mi cartel á mi hombre, escribo en la puerta con el lapicero de mi cartera: "El amante de mi querida es un necio, y le aguardo en el Prado: fulano de tal."

Isa. ¿Y fue?

Viz. ¿Cómo si fue? Fueron tres: segun parece todos habian ido leyendo uno tras otro mi epístola, que por lo visto ha venido á ser una circular.

Isa. (1) ¿Y os habeis batido?

Viz. Inmediatamente, y con mis tres paladines: herí al uno, desarmé al otro, y almorcé con el tercero, un jóven escelente, que no me quiso dejar; porque en los desafios, es delicioso, se hace uno amigos á todo trance: este me llevó despues á una casa, donde hemos pasado una noche divina, una casa de... en fin, una casa... y alli por mas señas encontré á su amigo de usted Federico.

Fel. ¿Federico?

Isa. ¿Qué dices, Fernando?

Fel. El señor vizconde se equivoca; eso no puede ser.

Viz. ¿Me equivoco, y le he hablado yo mismo? Por cierto que estrañé mucho verlo en aquel sitio: y cuando yo salí á las seis de la mañana aun quedaba alli.

Fel. (¡Que no se te secára la lengua!)

Isa. (2) Habia salido temprano esta ma-

(1) *Levantándose.*
(2) *Mirando á Felipe.*

ñana para trabajar... Bien está. ¿Y esa casa es...

Viz. Qué se yo.

Fel. Pues el señor vizconde estaba...

Viz. Sí, yo... pero amigo mio, yo... es muy diferente; pero un pobre diablo como él, que no tiene un cuarto... esto pudiera ser muy alarmante; eso es todo lo que puedo decir, no quisiera tampoco ofenderle.

Fel. Ah, no, no; hable usted por Dios, no nos haga usted sospechar mas de lo que tal vez habrá: aunque hubiera ido á esa casa por divertirse, por alguna muchacha, como la del señor vizconde... (1) qué se yo: y ¿por qué no? á su edad...

Isa. Felipe, el señor vizconde no te ha dirigido la palabra.

Viz. Sí, pero el señor don Felipe la toma por sí y ante sí: es elocuente, eso siempre compone parte del lujo de un mayordomo; tambien le costará á usted mas caro.

Fel. ¡Por vida de!

Isa. Felipe, calla; ¿olvidas... Fernando, vamos, y sobre todo delante de Matilde nada de aventuras, ni relaciones, ni... cuando estamos á punto de mani-

(1) *Sorpresa del vizconde.*

festarla nuestros proyectos, no convendria que tus locuras...

Viz. ¡Ba! ¿Eso qué importa? Mientras que sea soltero... ahora, en casándome...

sa. ¿Serás mas prudente?

Viz. Oh, entonces sí.

sa. (1) (Estoy descontenta.) Fernando, dame el brazo. (2) (Muy descontenta.)

ESCENA V.

FELIPE.

Muy descontenta; pues, á eso no hay que responder; hablador, bachiller, con sus relaciones y su aire de desprecio... ¡despreciar á Federico! Comete faltas, es verdad, pero eso nada le importa á él, sino á la señora y á mí. (3) ¡Pobre muchacho! Su trimestre... no pesa gran cosa; y por esta vez no hay que esperar suplemento: esta es la ocasion de socorrerle sin que él lo sepa. (4) Precisamente aqui traigo algunos ahorros que iba á imponer... no soy un ricachon, pero

(1) *A Felipe al salir.*
(2) *Saliendo.*
(3) *Tomando en peso la bolsa.*
(4) *Mira alrededor, y busca en su faltiquera.*

al fin con un poco de arreglo nunca faltan algunos cartuchos para servir á los amigos (1): se encontrará con su paga algun tanto aumentada, pero creerá que es la señora (2). ¿Dónde diablos puede haber pasado la noche? No venir á dormir, ponernos en cuidado... ¡oh! esto es muy mal hecho; no veo de cólera. (3) ¡Eh! echémoslo todo, y se acaba mas pronto (4).

ESCENA VI.

FEDERICO, LORENZO y FELIPE.

Fed. (5) Anda, que no te vea nadie; entra en el cuarto de Matilde, pon esta carta sobre su almohadilla, ó en su cartera de dibujo: toma, es el último dinero que me queda (6).

Fel. El es.

(1) *Coge un rollo de monedas.*

(2) *Mete algunas monedas de oro en la bolsa.*

(3) *Vaciando todo el paquete.*

(4) *Va hácia la izquierda.*

(5) *Federico en el fondo á Lorenzo.*

(6) *Lorenzo entra.*

Fed. (1) Sí, lo sabrá todo; pero cuando yo esté lejos (2).

Fel. (3) ¡Cómo viene! Abatido, estropeado, parece que acaba de andar cien leguas á marchas forzadas: ¡pobre Federico!

Fed. Puede ser que me tenga lástima. ¡Ah! Felipe.

Fel. (4) ¡Gracias á Dios! ¡Voto va! ¿No le da á usted vergüenza?

Fed. Felipe, por Dios, te suplico que dejes esas reconvenciones: no estoy para oirlas.

Fel. Y las tiene usted que oir sin embargo. ¿Qué significa esto? ¿Qué vida es esta? Poner á toda la casa en cuidado, y sobre todo á mí y á la señora.

Fed. (5) ¿La señora dices? ¿Pues qué, Felipe, sabe...

Fel. Todo lo sabe: por mas que he mentido para disculpar á usted, que no hubiera hecho otro tanto por mí, no ha querido oirme, está furiosa con usted.

(1) *Dejando su sombrero y su baston obre la mesa de la derecha.*

(2) *Atraviesa el teatro, y se arroja sore un sillon junto al relox.*

(3) *Que está en el fondo á derecha obervándole, se acerca.*

(4) *Mudando de tono.*

(5) *Levantándose.*

Fed. No me faltaba mas que esto: todo lo hubiera arrostrado; yo habia tomado ya mi resolucion, pero su cólera... ¡ah! no, jamas; yo, que daria mi vida por ahorrarle un digusto...

Fel. Bien está: ¿pero qué, no teme usted tambien desazonarme á mí, que soy su apoyo, que ausente ó presente estoy siempre á la mira para velar sobre usted, para defenderle? ¿Para mí no hay agradecimiento?

Fed. Sí, Felipe, sí; te pido mil perdones; soy un loco, un ingrato, ó mas bien soy un desgraciado, eso es lo que soy, nada mas.

Fel. ¡Desgraciado! (1) Ya lo entiendo: ¿usted ha hecho algun disparate, eh?

Fed. Sí, uno, uno solo primero, que me ha hecho cometer despues otros veinte.

Fel. Demasiado es para empezar; pero vamos por órden.

Fed. Estoy enamorado, pero...

Fel. ¡Enamorado!

Fed. Es de una persona tan superior á mi...

Fel. ¡Bah! Siendo jóven, estando bien, no hay distancia que valga: ¿y esa persona...

Fed. Ah, si tú supieras... pero no, no; quisiera podérmelo callar á mí mismo, Fe-

(1) *Con frialdad.*

lipe: ¡qué cruel es sentirse capaz de distinguirse, y encontrar un obstáculo invencible! ¿Qué puede hacer un hombre que no sabe quién es? Felipe, ¿cuál es mi familia? ¿cuál es mi apellido? ¿de quién soy hijo?

Fel. De sus obras de usted, y eso basta y sobra. Un hombre de bien, un hombre de mérito no necesita para nada un apellido ilustre.

Fed. Por mas que digas, es una humillacion insoportable; todos los jóvenes que concurren aqui afectan mirarme con desprecio... yo no puedo permanecer mas tiempo; esta casa se me ha hecho odiosa; he llegado á desanimarme: no sé en qué estravagancias he dado; se ha apoderado de mí una ambicion frenética de hacer suerte, de tener bienes; me ha parecido que esta seria una compensacion, una especie de mérito; hay tantos que no tienen otro... en fin, con esa necia esperanza he jugado.

Fel. ¿Ha jugado usted?

Fed. Como un loco, como un desesperado.

Fel. ¿Usted, Federico? ¡Ah! es muy mal hecho: no es necesario preguntarle á usted si ha perdido.

Fed. Mas de lo que puedo pagar.

Fel. Deberia reñirle á usted, pero eso será despues; tal vez no perderá usted nada

en demorarlo; acudamos á lo mas urgente: aqui está el trimestre, no puede llegar mas á tiempo (1).

Fed. ¡El trimestre! ¡Ah! no basta.

Fel. Mírelo usted bien; creo que ha de haber mas que otras veces: la señora me lo ha entregado para usted, encargándome que le echase una peluca, que tiene bien merecida. (He acertado en aumentar su pension.)

Fed. Vaya, siempre lo recibirán á buena cuenta.

Fel. ¡Cómo! ¿A buena cuenta?

Fed. Sí; he jugado, he apostado, por mejor decir, toda la noche con ese maldito vizconde de Blanca Flor, á quien no puedo tolerar; sola su vista me ofende: me empeñé en llevarle siempre la contraria: me hubiera alegrado tanto de humillar su presuncion... pero ha sido al revés; ha tenido una suerte tan sostenida, tan insolente como su facha: he perdido veinte mil reales.

Fel. ¡Veinte mil reales, Dios mio!

Fed. Sí, veinte mil reales, que he pedido á mis vecinos, á mis amigos, al dueño de la casa... y es preciso pagarlos hoy mismo: ya conoces que no me queda

(1) *Le da la bolsa.*

mas recurso qua el de levantarme la tapa de los sesos.

Fel. ¿Qué dice usted? Tiemblo todo.

Fed. Cuando se debe, cuando es forzoso vivir deshonrado, avergonzado, no hay otro recurso.

Fel. Sí señor, le hay.

Fed. ¿Cuál, Felipe?

Fel. Pagar.

Fed. ¿Pagar? veinte mil reales: ¿estás en tí? ¿de qué modo?

Fel. No sé, no hay ahorros que basten; pero es preciso pagar.

Fed. He buscado á todos los amigos.

Fel. Amigos, ¡ah! cuando se trata de dinero nunca se les encuentra en casa. Solo una persona puede sacarle á usted del paso.

Fed. ¿Quién, mi protectora?

Fel. Es preciso confesárselo todo.

Fed. Jamas, amigo mio, jamas; la quiero mucho, pero la temo tanto...

Fel. No importa. ¡Voto va! Vamos, resolucion, valor: es preciso pasar ese mal trago: eso le servirá á usted de castigo. Aqui viene precisamente.

ESCENA VII.

Dichos y DOÑA ISABEL (1).

Fed. ¿No me dejarás solo, Felipe?

Fel. No tenga usted cuidado; yo me quedo aqui detrás, como cuerpo de reserva, para auxiliarle en un caso (2).

Fed. No nos ha visto; está distraida; pero tiene una cara tan séria...

Fel. No importa, ya conozco esa seriedad; adelante, sin miedo.

Fed. (3) No, no me atrevo; es demasiado: primero sufriré mil muertes (4).

Fel. Vamos. (5) ¡Bravo! Escapa y me deja solo en las hastas del toro.

Isa. (6) ¿Eres tú, Felipe? ¿Pareció ya Federico?

Fel. Sí señora.

Isa. (7) ¿Qué es eso? ¿Qué tienes?

(1) *Federico y Felipe se retiran hácia el fondo.*

(2) *Doña Isabel entra distraida sin verlos.*

(3) *Da algunos pasos y retrocede.*

(4) *Echa á corer hácia su cuarto, y cierra la puerta.*

(5) *Mira alrededor, y le ve huir.*

(6) *Viendo á Felipe.*

(7) *Viendo que Felipe mira á todas partes.*

Fel. Miro si viene alguien: (1) no quisiera que me interrumpieran.

Isa. ¿Pues qué hay?

Fel. Nada, un pequeño contratiempo, poca cosa. ¡Qué diantre! La juventud es un momento de fiebre que dura mas ó menos, y cuando el acceso ha pasado, lo cual desgraciadamente suele suceder demasiado pronto...

Isa. ¿Adónde vas á parar con esos preámbulos?

Fel. En una palabra, señora (2), el chico ha jugado.

Isa. ¿Federico?

Fel. Sí señora, ha jugado, ha perdido, debe dinero. (Asi, asi, el mal trago pasarle pronto.)

Isa. ¿Qué dices? ¿En esa casa donde le vió mi sobrino?

Fel. Era una casa de juego; pero del gran tono, sociedad de alto coturno; es decir, que el chico ha perdido mucho, y ahora, señora, es preciso pagar.

Isa. ¿Pagar? ¿Tú has creido que yo consentiria en... ¿Yo contribuir á semejante desarreglo, pagando una deuda de juego? ¿Darle alas...

Fel. Sí señora, veinte mil reales.

(1) *Se acerca.*
(2) *Bajando la voz.*

Isa. ¿Y qué me importa la cantidad? ¿Cuándo me has visto reparar en el tanto menos cuanto para hacer bien? Me parece que acostumbro hacerlo con nobleza; pero despues de una conducta como esa... No, Felipe, no; estoy decidida, no lo pagaré.

Fel. (1) ¿No lo pagará usted?

Isa. No señor, no: ¿qué diria mi familia, qué diria todo el mundo si los bienes de los Hurtados de Mendoza no sirviesen mas que para enmendar las faltas de un atolondrado?

Fel. ¿Su familia de usted? ¿El mundo? Le tiene usted demasiado miedo, señora; le ha sacrificado usted ya tantas cosas...

Isa. ¡Felipe!

Fel. No tenga usted cuidado, mis labios no se despegarán; sé lo que he prometido, y lo sabré cumplir; nunca lo olvidaré; pero es preciso que cada uno cumpla con su obligacion; acuérdese usted de que ese pobre muchacho no tiene nadie á quien volverse mas que usted; y si usted le abandona, si permite que viva deshonrado, ¡ah! nadie sabe de lo que es capaz; tiene pundonor, no es cobarde... atentará contra su vida.

(1) *Animado.*

Isa. ¡Dios mio!

Fel. Sí, está determinado. ¿Qué quiere usted? ¿Qué apego puede tener á la vida? Como me decia él mismo no hace mucho: "Yo estoy solo en el mundo, sin parientes, sin esperanzas... todo lo que tengo lo debo á la compasion."

Isa. ¿Eso decia?

Fel. Sí señora, y otras cosas decia tambien que me hacian saltar las lágrimas. ¡Pobre Federico! Yo le contemplaba, y decia para mí... (1) Bien, señora, bien, nada; pero tenia el corazon en un puño... ¡Ah! usted no siente nada de eso... Usted es feliz, y vive tranquila.

Isa. ¡Feliz yo! No, Felipe, no lo soy.

Fel. ¡Ba! Señora... en esos salones rodeada de personas que la respetan á usted, y de una familia que dirige á su placer...

Isa. ¿Y crees que en el fondo de mi corazon no siento algo mas que eso? Pero yo debo dar un buen ejemplo á todos los que dependen de mí.

Fel. ¿Cómo? ¿Insiste usted...

Isa. No, no: yo lo pagaré todo, sí, te lo prometo; pero chiton; ni Federico ha de saberlo.

(1) *Doña Isabel hace un movimiento para taparle la boca.*

Fel. ¿Y por qué no? ¿Teme usted por ventura que llegue á cobrarle á usted demasiado cariño?

Isa. No, Felipe; pero mi sobrino pudiera estrañarlo, y llevarlo á mal: ya sabes que es mi heredero.

Fel. Tanto mas motivo para indemnizar á ese pobre Federico mientras que usted viva; ademas de que no volverá á reincidir en semejante falta. Habrá de contentarse con su pension, que aunque no es exhorbitante...

Isa. ¿De veras? ¿Te parece escasa? Porque en ese caso se le pudiera aumentar.

Fel. Sí, sin duda; con otro tanto... Ademas, todos sus amigos tienen caballos, trenes... (1) No, yo no soy exigente, pero me parece que no haria usted nada de mas en regalarle un bonito caballo con un criado para servirle y acompañarle.

Isa. ¿Y no eres exigente, Felipe?

Fel. ¡Qué diantre! Mire usted, señora...

Isa. Bien, vaya, bien; cómprale ese caballo, lo que necesite; pero sin derrochar, sin...

Fel. Basta; compraré lo mejor, lo mas caro, y cuando usted le vea encima, veremos si le pesa. ¡Oh! el bribonzuelo, si viera usted qué bien monta. Usted,

(1) *Sorpresa de doña Isabel.*

como no le hace caso... pero, sin ir mas lejos, el otro dia en el Prado habia unas ciertas señoritas, pero señoritas del gran tono, que se paraban para verle pasar, y á cada vuelta repetian: "¡Qué aire tan bonito; elegante figura; qué buen ginete!"

Isa. ¿De veras?

Fel. Sí señora, como usted lo oye; y yo tenia tanto gusto en oirlas, que toda la tarde me fui insensiblemente tras ellas.

Isa. Eso es verdad; tiene una fisonomía muy...

Fel. Muy espresiva, sí señora, muy agradable; y si le animasen un poco... si usted de cuando en cuando le dirigiese la palabra con cariño, con predileccion... porque la verdad... está usted siempre tan séria con él...

Isa. ¡Yo!

Fel. Delante de usted está cortado, tiene miedo.

Isa. ¿Miedo Federico? ¿A mí...

Fel. Sí; por ejemplo, ahora debia usted perdonarle esta falta, usted misma hablarle, y... ya veo que usted lo desea tanto como yo.

Isa. ¿Pero estás seguro de que no vendrá nadie?

Fel. Nadie, nadie vendrá. Voy á llamarle.

ESCENA VIII.

Dichos y FEDERICO.

Fel. Salga usted: ya salimos del paso; esto va perfectamente.

Fed. Es imposible...

Fel. Vamos, háblela usted, pero con gracia, con despejo.

Isa. Federico.

Fel. (1) Vaya, otro esfuerzo: mas cerca, mas.

Fed. (Yo tiemblo.)

Isa. Venga usted aqui, señorito, venga usted aqui: todo lo sé; pero no tenga usted cuidado, no; nada tengo que añadir á lo que usted mismo conoce: por esta vez yo enmendaré esas locuras, pero contando con que no perderé el fruto de esta leccion.

Fed. En mi vida olvidaré tanta bondad.

Fel. (2) Perfectamente.

Isa. Federico, te suplico que no te hagas jugador.

Fed. Jamas, señora, jamas. (Yo no estoy en mí. ¡Qué bondad!)

Fel. Se supone que ya no jugará.

Isa. No sabes el sentimiento que me darias.

(1) *Empujándole.*
(2) *Bajo.*

Fed. Ah, no señora; primero quisiera dejar de existir que darle á usted un sentimiento... y mas cuando recuerdo cuántos beneficios he recibido en esta casa, yo que no tenia en el mundo quien pudiera interesarse por mí.

Isa. Tienes amigos que no te abandonarán mientras no te hagas indigno de sus favores.

Fel. Nunca lo será: yo respondo por él.

Fed. (1) Es verdad, nunca (2).

Fel. (3) Asi, señora, asi. (Me parece que yo en su lugar ya le hubiera...) (4)

Isa. ¿Y tus estudios? ¿á qué altura te hallas? ¿piensas en adquirir un nombre? ¿en formar tu suerte?

Fed. Solo me falta recibirme de abogado.

Fel. Lo ve usted, señora: ¡abogado!

Fed. Ah, eso no es nada hasta que uno no adquiere reputacion.

Isa. Dice bien.

Fel. Oh, eso creo que no es tan fácil; pero de todos modos, siempre es una bonita carrera encontrarse abogado he-

(1) *Besándole la mano.*

(2) *Doña Isabel se vuelve para ocultar su conmocion.*

(3) *Bajo.*

(4) *Hace el movimiento de abrazarle.*

cho y derecho á su edad. ¿No es verdad, señora?

Isa. No hay duda: conozco abogados que son muy bien admitidos en las casas mas principales.

Fel. Yo lo creo.

Isa. (1) (No decia mal Felipe. Tiene una figura muy interesante, un aire muy señor.) (2) Escucha, Federico: yo pienso en tu porvenir, en tu felicidad. Solo te pido que no le opongas obstáculos tú mismo con tu conducta (3).

Fed. Ah, señora, disponga usted de mí; seria dichoso si pudiera consagrarla mi vida.

Isa. Me alegro; es decir que no encontraré ninguna oposicion á mi voluntad.

Fed. Suscribo desde luego á perder el fruto de su bondad si vacilo un instante en obedecerla.

Fel. Yo respondo de él.

Isa. Pues bien, en ese supuesto voy á descubrirte mis intenciones: voy á proponerte un medio de empezar brillantemente tu carrera: he pensado colocarte con una rica heredera de diez mil duros de

(1) *Observando á Federico.*

(2) *Se levanta, y le dice á Federico.*

(3) *Felipe pasa á la izquierda de Federico.*

dote: pones tu bufete, y tienes asegurada tu subsistencia.

Fed. ¡Dios mio!

Isa. Ya le he hablado muchas veces á su tio: tú le conoces, don Jorge Bustillos: ha aceptado el partido, y creo que... ¿No te alegras?

Fed. Señora...

Isa. ¿Qué veo? Esa tristeza... mírame.

Fel. Cuando se le propone este fortunon desecho ese silencio.

Isa. Vamos, habla, Federico: ¿puedes oponer alguna dificultad... responde.

Fed. Señora, lo conozco, soy un ingrato.

Isa. ¡Cómo!

Fed. Me es imposible aceptar.

Isa. y Fel. ¡Imposible!

Isa. ¡Estoy admirada! ¿Y qué motivo racional...

Fed. Ninguno, señora; permítame usted que calle: no puedo decir mas; pero es imposible.

Fel. ¡Qué imprudencia!

Isa. ¿Qué dices? Pues yo lo exijo, lo mando: esta boda se ha de hacer.

Fed. Dígnese usted escucharme: conozco que no debiera pagar de este modo sus beneficios; pero permítame usted que los rehuse todos si para merecerlos es preciso concluir una boda...

Isa. Enhorabuena, señorito; supuesto que

no se puede hacer carrera de usted, yo tomare mis medidas; tiemble usted mi cólera.

Fel. Reflexione usted lo que hace.

Isa. Déjale: tú te acordarás de este dia.

ESCENA IX.

Dichos y MATILDE *acudiendo al ruido.*

Mat. ¡Jesus, tia! ¿Qué sucede? ¡Qué enojada está usted!

Isa. Me parece que tengo razon para estarlo.

Mat. ¿Con Federico?

Isa. Sin duda; y usted, señorita, que toma siempre su defensa, no sé cómo podrá disculparle en esta ocasion. ¡Rehusar una boda de esta especie!

Fel. ¡Un dote de diez mil duros!

Isa. ¡Y una jóven muy hermosa!

Mat. ¿De veras, Federico?

Isa. ¿Y por qué razon?

Fed. ¿Y si no me creyese yo libre... si mi corazon estuviese...

Isa. ¡Cómo! ¿Es por eso?

Fel. Sí señora, se me habia olvidado, está enamorado.

Fed. ¡Por mi desgracia! Pero esto no me autoriza para hacer, casándome, la de otra persona.

Mat. Querida tia, á lo menos es hombre de bien, y usted no le puede obligar á...

Isa. Puedo obligarle á ser racional, sí señor... acabemos. ¿Y quién es esa belleza que le impide á usted obedecer mis...

Fel. Responda usted. ¿Quién es?

Fed. Permítame usted que lo calle, es mi secreto; nadie lo sabrá; puedo amarla sin delinquir, y seria culpable si la nombrase.

ESCENA X.

Dichos y el VIZCONDE.

Viz. ¿Dónde estan ustedes? Todos me han dejado solo... Te buscaba, prima.

Mat. ¿A mí?

Viz. Yo, como me duermo cuando estoy sin hacer nada, me divertia en registrar tu cartera de dibujo. ¡Qué paises tan bonitos! Estaba acabando ya, cuando de pronto cae á mis pies esta carta cerrada.

Isa. ¿Una carta?

Viz. Con el sobre para Matilde.

Fed. (1) (¡Es la mia!)

Isa. ¿Qué quiere decir esto?

Mat. Yo no sé, tia. Véalo usted.

(1) *Turbado.*

Fel. (1) (¿Qué tiene usted?)

Fed. (¡Soy perdido!)

Isa. Una declaracion.

Viz. (2) Firmado: "Federico."

Mat., Isa. y Fel. ¡Federico!

Isa. ¡Qué insolencia! ¿Tiene usted valor...

Fel. ¡Imprudente!

Fed. Todo se ha perdido. ¡Desgraciado

Isa. ¿Qué te parece, vizconde?

Viz. Dé usted alas á estos niños... ahi verá usted.

Isa. Efectivamente, mi escesiva bondad, mi indulgencia tiene la culpa de todo.

Fel. Señora...

Isa. Déjame... este es el pago de mi proteccion.

Fed. (¡Que no me confunda un rayo!)

Isa. Enhorabuena: usted lo ha querido, usted se lo ha buscado; yo he hecho todo lo posible por atraerle á usted al buen camino, todo ha sido inútil. Basta de sufrimiento; saldrá usted de mi casa.

Fel. ¡Cielos!

Fed. ¡Qué escucho!

Isa. Vizconde, esta es la llave de mi papelera; estiende una libranza de un año de pension contra mi banquero.

(1) *A Federico, que se estremece.*

(2) *Leyendo con su tia.*

Fed. ¿Piensa usted, señora, que puedo seguir aceptando sus favores?

Fel. (1) Calle usted.

Isa. Matilde, entra en tu cuarto: Felipe, ven conmigo.

Fel. Señora, hágase usted cargo...

Isa. Ni una sola palabra quiero oir sobre este particular (2).

Fed. ¡Infeliz de mí! Ya está fijada mi suerte: enhorabuena. ¿Qué importa? ¿No estaba ya decidido? Todo el mundo es mi patria; sí, corramos á disponer la marcha. ¡Ah! ¡No he podido hablarla! ¡Matilde! ¡Matilde! Partiré; pero ya que dejo esta casa para siempre, ya que no he de volver á verte, tú sabrás al menos mis sentimientos; tú conocerás el sacrificio que hago por tí.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

FEDERICO *sale de su cuarto.*

Pocas horas me quedan de estar en esta casa; ya no me falta mas que dar el

(1) *Bajo.*
(2) *Vase.*

último á Dios á Matilde; si estará todavia en su cuarto... (1) Sí. ¡Matilde! ¡Matilde! ¡Resolucion!

ESCENA II.

MATILDE y FEDERICO.

Mat. ¡Ah! ¿Es usted, Federico? Perdone usted si despues de lo que ha hecho no me atrevo á conservar la misma intimidad que nos ha unido hasta aqui, y si en cumplimiento de las órdenes de mi tia evito una conversacion que usted ha hecho peligrosa con su imprudencia (2). (¡Pobre Federico!) (3)

Fed. Matilde, Matilde, dos palabras: por favor.

Mat. (4) No puede ser.

Fed. Yo se lo suplico á usted; oigame usted.

Mat. Ya es imposible: mi tia... el vizconde...

(1) *Mirando por la cerradura.*

(2) *Yéndose.*

(3) *En el momento en que va á entrar en su cuarto Federico pasa á su derecha y la detiene.*

(4) *Junto á la puerta.*

Fed. (1) Poco me importa su cólera: solo temo la de usted... y cuando una sola palabra pudiera disculparme...

Mat. Disculparle... ¡Ojalá!

Fed. Ese secreto no debiera haber salido nunca de mi pecho. Lo sé, y si me determiné á revelarle fue porque estaba decidido á huir para siempre de esta casa, á morir...

Mat. ¿Qué dice usted?

Fed. Y ese es el único partido que puedo tomar en esta situacion.

Mat. (2) ¡Cielos! Federico... ¡Ah! ya sé que no tengo derecho para exigir nada de usted. Pero si, como usted dice, me ha ofendido, si usted quiere que le perdone, renuncie usted á esas ideas, prométame usted conservarse para sus amigos.

Fed. Amigos ya no los tengo.

Mat. Mas de los que usted piensa.

Fed. (3) ¡Qué escucho! Matilde, acabe usted de hacerme feliz.

(1) *Mirando por la puerta del fondo.*
(2) *Acercándose.*
(3) *Arrojándose á sus pies.*

ESCENA III.

Dichos y el VIZCONDE, *que entra por el fondo con una libranza en la mano.*

Viz. (1) ¿Qué es esto?

Mat. ¡Ay! (2)

Viz. (3) Magnífico... Ese es el patético mas sublime... Felizmente esta escena no ha tenido mas testigos que yo.

Fed. Caballero...

Viz. Basta. No hablaré una palabra de esto á mi tia; tal vez le privaria á usted de este último beneficio. (4) Ahi tiene usted esa libranza; tómela usted, y aléjese. Tómela usted repito.

Fed. Jamas; la mano que me la ofrece seria muy suficiente motivo para que yo la rehusase.

Viz. ¿Qué quiere decir eso?

Fed. Que debo mil consideraciones á mi bienhechora, pero á usted, caballero, no creo deberle nada... y no sé con qué derecho se ha tomado la libertad de...

(1) *Al verlos.*
(2) *Huye á su cuarto.*
(3) *Riendo.*
(4) *Le da la letra.*

Viz. (1) ¿De sorprenderle á los pies de mi prima?

Fed. No señor, de apoderarse de una carta que no era para él; esa es una accion digna solo de un hombre sin principios, sin educacion... me parece que me esplico.

Viz. ¡Hola, hola! Caballerito, me parece que está usted abusando de su posicion y mi delicadeza: se prevale usted de la ventaja de no tener un estado en el mundo, ni representacion alguna para insultarme... eso es poco generoso. Yo no puedo aceptar semejante contrario.

Fed. Sin duda: su apellido de usted, su cuna harian el combate muy desigual.

Viz. No me ha entendido usted; no hablo de esas distinciones: al fin con la espada en la mano no seriamos mas que dos hombres simplemente; hablaba solo de la posicion de usted en esta casa.

Fed. Ya no estoy en ella, me han echado.

Viz. Debiera usted recordarla, asi como los respetos...

Fed. Usted me lo hace olvidar todo; he recibido los beneficios de la tia y los ultrages del sobrino; estamos pagados, y si usted no es un cobarde...

Viz. ¡Caballero! Basta, ya me ciega mi

(1) *Riendo.*

cólera; usted necesita una leccion, se la daré.

Fed. Veremos quién la da ó la recibe.

Viz. Necesito una satisfaccion.

Fed. Ese es mi deseo.

Viz. Corriente: ¿qué armas?

Fed. Cualquiera.

Viz. ¿La espada?

Fed. Sea la espada.

Viz. ¿Testigos?

Fed. No los necesito.

Viz. ¿El sitio?

Fed. Fuera de la puerta de Atocha.

Viz. ¿A qué hora?

Fed. Ahora mismo.

Viz. Perfectamente.

Fed. Le sigo á usted.

ESCENA IV.

FEDERICO.

¡Bravo! El tira muy bien, yo en mi vida las he visto mas gordas: mejor, con eso acabaremos mas pronto, y me veré libre de una existencia que me es odiosa. Y ya que no he de volver á ver á Matilde, ya que espreciso abandonar hoy mismo esta casa...

ESCENA V.

FEDERICO *y* FELIPE.

Fel. (1) ¿Abandonarla? Todavia no.

Fed. ¿Qué dices?

Fel. Que acabo de hablar por usted.

Fed. ¿No te lo habia prohibido?

Fel. Oigame usted: usted ha hecho muchos disparates: el primero amar á la señorita doña Matilde; el segundo escribirle; y el tercero, sobre todo, no haberme dicho una palabra.

Fed. ¿A tí?

Fel. Sí señor; esta es una idea como otra cualquiera; si yo la hubiera sabido antes se hubiera obrado con arreglo á ella.

Fed. ¡Qué dices! ¿Es posible?

Fel. ¿Si es posible? Sepa usted que hace veinte años que no ha pasado un solo dia en que yo no haya pensado en su prosperidad de usted, en su porvenir... nunca tendrá usted tanta ambicion como he tenido yo para él.

Fed. ¡Querido Felipe!

Fel. Sí, y para llegar al término es preciso dejarse llevar. Usted se queda en casa.

Fed. ¿Cierto? ¿cómo te has compuesto para lograrlo?

(1) *Que ha oido las últimas palabras.*

Fel. Con dos condiciones, de cuyo cumplimiento he respondido yo por usted.

Fed. Desde ahora las apruebo.

Fel. Primera, que evitará usted relaciones con Matilde, y que no volverá en su vida á decirla una palabra acerca de la carta.

Fed. ¡Dios mio! Esto es hecho.

Fel. ¿Qué?

Fed. Nada, nada: ¿y la segunda?

Fel. Guardar consideraciones al vizconde, hacer las paces con él, y para empezar darle una satisfaccion, pedirle mil perdones acerca de lo que ha pasado, puesto que como novio de Matilde debe estar ofendido.

Fed. ¿Yo pedir perdon? ¿y á mi rival? ¿al autor de mis desgracias, á un hombre de quien solo recibo ultrages? ¿perdon? Cuando voy á batirme con él...

Fel. ¡A batirse!

Fed. Sí; aunque esto haya de costarme la vida, no puedo escuchar mas que la voz de mi resentimiento. Hemos empeñado entrambos nuestra palabra, estamos citados, y esto ha de ser.

Fel. ¡Citados!

Fed. Sí, y es preciso que me encuentre ya alli cuando vaya: quiero ser el primero. ¿Qué, tiemblas? ¿Es de miedo?

Fel. Tal vez; por mí mismo no he espe-

rimentado nunca lo que ahora por usted. ¡Batirse! ¡Y sin saber coger una espada!

Fed. ¿Qué importa?

Fel. ¡Y con un hombre que tiene tal seguridad!

Fed. Me es indiferente.

Fel. Es correr á una muerte cierta.

Fed. Enhorabuena: ¿qué importancia tengo en el mundo? Solo en la tierra, como un ente caido del cielo, sin saber quién soy, debiéndome avergonzar tal vez de mi orígen, sin padres, sin familia...

Fel. ¿Qué, yo no soy nada para usted?

Fed. (1) Sí, Felipe sí; tú, tú solo me has querido, lo sé: ahora mismo te veo conmovido; tus ojos estan arrasados en lágrimas.

Fel. (2) Pues en nombre de este cariño tan antiguo, por estas lágrimas que su peligro de usted me arranca, renuncie usted á tan funesto designio.

Fed. ¡Renunciar!

Fel. (3) ¡Federico! Amigo mio, yo se lo suplico á usted, se lo pido de rodillas:

(1) *Cogiéndole la mano.*
(2) *Conmovido.*
(3) *Con energía.*

no por la señora, cuyos beneficios quiere usted pagar con tal ingratitud; no por Matilde, á quien va usted á hacer mil veces mas desgraciada, sino por mí, por el pobre Felipe, que le ha visto á usted nacer, que le ha recibido en sus brazos, olvide usted los despropósitos de un atolondrado, un loco.

Fed. ¡Olvidarlos! Jamas.

Fel. Pero ¿sobre qué fue la disputa?

Fed. No sé; solo sé que debo vengarme.

Fel. ¿Qué le ha dicho á usted?

Fed. (1) No lo sé, nada; pero debo vengarme de él, de su amor, de su boda con Matilde. La hora se acerca; vamos, Felipe, mi espada.

Fel. (2) No señor.

Fed. ¿Cómo que no?

Fel. No va usted.

Fed. ¿Qué te atreves á proponer?

Fel. Que ya que es usted sordo á mis ruegos y á la voz de la amistad, ya que olvida todos sus deberes, yo cumpliré con los mios: usted no saldrá de aqui.

Fed. ¿Quién me lo ha de impedir?

Fel. Yo.

(1) *Enagenado.*
(2) *Con frialdad.*

ed. Eso lo veremos (1). ¡Cómo! (2) ¿Te atreves...

el. Sí señor, á salvarle á usted, mal que le pese; sí señor, le he dicho á usted que no saldrá de aqui... y no saldrá usted.

ed. ¡Qué osadía! (3) Felipe, vuélveme esa llave.

el. No señor.

ed. (4) Teme mi furor.

el. Nada temo; y le prohibo...

ed. ¡Prohibirme! Esto ya es demasiado, y una insolencia semejante...

el. (5) Téngase usted.

ed. (6) Yo la castigaré.

el. ¡Pega, desgraciado, pega á tu mismo padre!

ed. ¡Mi padre! (7)

el. Sí, yo soy tu padre: ¿cuál otro orígen podia tener este cariño de que no ceso

(1) *Se acerca á la mesa, coge sus guan-s, su sombrero y su baston: al mismo empo Felipe va á cerrar la puerta y co-e la llave.*

(2) *Se vuelve y lo ve.*

(3) *Conmovido.*

(4) *Colérico.*

(5) *Queriendo contenerle.*

(6) *Enarbolando el baston.*

(7) *Deja caer su baston.*

de darte pruebas desde que naciste? Este es el secreto de que he sido víctima; secreto fatal que debia haber muerto conmigo; secreto que he guardado hasta ahora religiosamente por tu misma felicidad; secreto, en fin, que me has obligado á descubrir para librarte de un crímen horroroso.

Fed. No me atrevo á levantar los ojos.

Fel. Te avergüenzas sin duda de deber tu existencia á un criado.

Fed. Yo avergonzarme, nunca; y esa idea...

Fel. Solo una cosa me resta que decirte; este criado era soldado cuando naciste: en la flor de mis años, en la edad del valor, me esperaba una carrera brillante en una época tempestuosa en que el amor á la independencia de la España y la intrepidez bastaban para encontrar los grados y los honores en la trinchera enemiga. Pues bien, gloria, ascensos, fortuna, hasta la esperanza de morir honrosamente por el Rey y por la Patria en un campo de batalla, todo lo sacrifiqué para permanecer al lado de mi hijo: para cuidar de su infancia no temí esponerme al menosprecio, á la humillacion, abrazando un estado... en fin, ciñéndome á ser tu mismo criado. Y esto sin sonrojarme, porque muchas veces me decia á mí mismo: "Federico

me amará, y esto me basta."

Fed. ¡Padre mio, perdon! (1) ¿Cómo pagar tantos beneficios? ¿Cómo espiar mis faltas? Querido padre, ¡cuán dulcemente suena en mis oidos este título sagrado! Ya tengo un amigo, una familia; ya no estoy solo en el mundo.

Fel. (2) Hijo mio, cálmate.

Fed. ¡Ah! Por favor, esplíqueme usted...

Fel. Silencio eterno acerca de este misterio; una promesa sagrada, un juramento me liga que no sospeche nunca nadie que le he violado. ¿Te negarás ahora á obedecerme?

Fed. No, no; estoy dispuesto á todo: hable usted.

Fel. Entra en tu cuarto.

Fed. ¿Y el vizconde, que me espera?

Fel. ¿No tienes confianza en mí?

Fed. Sí; pero huir, ocultarme... ahora menos que nunca; mi honor es el de usted tambien.

Fel. Eso me toca á mí; un militar antiguo sabe tan bien como tú lo que el honor exige.

Fed. (¡Cielos! Y no hay mas puerta que esa; es imposible escaparme.) Se lo suplico á usted.

(1) *Se arroja en sus brazos.*
(2) *Enjugándose los ojos.*

Fel. Entra, Federico; te lo ruego.
Fed. ¡Querido padre!
Fel. Pues bien, te lo mando.
Fed. Obedezco (1).

ESCENA VI.

FELIPE (2).

¡Ah! Conozco cuánto debe padecer, y ya le quiero mas... pero no, nadie me privará del único bien que me queda, y debo antes de todo... aqui está la señora.

ESCENA VII.

FELIPE *y* DOÑA ISABEL.

Isa. ¿Le has visto, Felipe? ¿Le has indicado mi voluntad?
Fel. Hable usted bajo, señora: está ahi.
Isa. ¡Federico! Pero ¿qué ha habido? estás pálido, demudado.
Fel. He llegado á tiempo: se iba á batir.
Isa. ¿A batirse?
Fel. Sí, con su sobrino de usted.

(1) *Se inclina con respeto, y entra en su cuarto. Felipe le observa.*
(2) *Va á poner la llave en la puerta.*

Isa. ¡Cielos! Debiste estorbárselo, prohibírselo.

Fel. Eso es precisamente lo que he hecho; le he encerrado en su cuarto, y hasta nueva órden nada hay que temer; pero al hacer uso de mi autoridad ha sido preciso probarle que tengo derecho para tenerla: ya sabe que soy su padre.

Isa. ¿Qué has hecho?

Fel. Tranquilícese usted, no sabe mas; la segunda parte del secreto no me pertenecia, la he respetado; pero desengañémonos, señora, estas medidas de nada sirven; ellos se han desafiado, y tarde ó temprano...

Isa. ¿A pesar de tu prohibicion?

Fel. A su edad y en hombres de honor esas prohibiciones no hacen mas que aumentar el deseo de batirse: yo me acuerdo de lo que sentia y de lo que siento aun con solo la idea de un ultrage: no hay mas que un medio de estorbar esta desgracia, y usted sola puede emplearle.

Isa. ¿Yo, Felipe?

Fel. Sí señora, quitando la causa.

Isa. ¿Y cómo?

Fel. Federico ama á Matilde.

Isa. Bien, ya lo sé.

Fel. El vizconde no tiene amor sino á su dote; no le será dificil renunciar á ella, y deponer todo proyecto de venganza

si usted se lo manda; en cuanto á Federico, yo respondo de él, si obtiene la mano de Matilde.

Isa. ¿La mano de Matilde? Felipe...

Fel. Señora, es preciso.

Isa. ¿Has creido que yo podia consentir en semejante union?

Fel. Repito que es preciso.

Isa. Tú estás loco, Felipe: humillarme hasta ese punto, dar armas contra mí.

Fel. ¿Y qué, cuando en ello va la vida...

Isa. Se podrá hallar otro medio de salvar á tu hijo; pero casar á mi sobrina con un hombre oscuro...

Fel. Se lo suplico á usted.

Isa. Repito que es imposible, y acabemos, Felipe; eso es olvidar lo que me debes, y quien eres.

Fel. (1) ¡Quién soy! Usted es quien lo olvida, pero yo se lo recordaré.

Isa. ¡Felipe!

Fel. (2) Oigame usted. Cuando en una época tempestuosa se hallaba usted en un pueblo de provincia comprometida toda su casa por la adhesion á un partido de su desgraciado padre; cuando sola, abandonada, iba usted á ser la víctima de un populacho sidiento de san-

(1) *Indignado.*

(2) *Cogiendo su mano.*

gre, á pesar de su sexo y de su edad; cuando iba usted á pagar con la cabeza la funesta fama de un apellido demasiado comprometido, ¿á quién acudió usted entonces para que la amparara? Un pobre sargento era tal vez el único que podia salvarla en aquella circunstancia dificil; se acogió usted á él, y este pobre sargento no desoyó la voz de la piedad: en medio del furor de los bandos, del riesgo de parecer traidor á su partido, este pobre sargento no se contentó con guarecer su persona de usted, sino que tambien defendió su casa: entonces ¿lo ha olvidado usted ya? la muerte nos amenazaba á todos, y no veía usted tanta distancia entre un soldado y la orgullosa...

Isa. ¡Felipe!

Fel. Sí, entonces yo era jóven, era valiente; pero no era nada mas que un soldado, y sin embargo usted lo olvidó un momento... el agradecimiento tal vez, la situacion, todo produjo el amor, y desde entonces su libertador de usted vino á ser su esclavo.

Isa. (1) ¡Por Dios! mas bajo.

Fel. Entonces, conmovido por sus remor-

(1) *Asustada, señalando la puerta de Federico.*

dimientos de usted, por su desesperacion, á todo me sometí; quiso usted, como era justo, reparar el estravío de un momento; su conciencia exijia que la religion santificase su falta, y exijió usted de mí que vínculos sagrados y eternos borrasen aquel error: á nada me opuse, nos casamos: aun mas, por el decir de las gentes, por ese mismo orgullo inconsiderado, exijió usted de mí que nuestro matrimonio fuera y se conservase eternamente secreto: yo consentí, y desde aquel dia tu esposo, Isabel, ignorado, confundido entre tus mismos criados, nunca ha proferido una queja, una sola queja. ¿Y sabes sin embargo todo lo que sacrifiqué? Nunca te lo he dicho, pero... en una aldea feliz, al lado de mi anciano padre, una jóven bella y virtuosa aguardaba el regreso del infeliz soldado... habia recibido mi juramento; en fin, me amaba aquella, y me amaba con orgullo, se envanecia con mi amor; ella hubiera hecho mi fortuna: pues á pesar de todo, yo la escribí que ya la habia olvidado, que no contase con mi corazon, que nunca me volveria á ver. Hice aun mas; por permanecer al lado de mi hijo, me resigné á verle huérfano en la casa de los autores de sus dias, criado por compa-

sion en casa de su madre, que para ocultar una supuesta falta le priva de sus derechos; me condené á no estrecharle nunca en mis brazos, á no amarle sino á hurtadillas como si fuera un crímen; y en premio de tanta resolucion, de tan grandes sacrificios, solo una cosa te pido, una sola, ¡Isabel! la felicidad de tu hijo, y me la niegas.

Isa. ¡Ah! Tú no sabes cuán á mi pesar, pero me es imposible, y estraño este rompimiento: despues de veinte años de silencio, no esperaba yo que tú exijieras una cosa que puede arrebatarme en un dia lo que mas estimo en el mundo, el aprecio y la consideracion de los que me rodean; si esta boda se hiciese me acusarian de olvidar mi cuna, y Dios sabe si le darian una interpretacion siniestra, si adivinarian la verdad: ¡ah! si la pública malignidad llegase á traslucir aquella falta, si se llegase á saber este vergonzoso secreto, ¡cielos! solo de pensarlo me estremezco, yo no sobreviviria, Felipe, á semejante afrenta: en fin, concluyamos, esta boda es imposible, y no se hará jamas.

Fel. ¡Jamas!

Isa. Felipe, déjame (1).

(1) *Quiere irse.*

Fel. (1) No, Isabel, no te dejo.

Isa. ¡Ah! Por Dios, acuérdate de nuestros convenios: muda ese estilo, que te pueden oir.

Fel. Bien, señora, le mudaré; será un sacrificio mas, pero con una condicion. Yo he podido inmolarme á su tranquilidad de usted, á su orgullo... pero en cambio de tantos tormentos, de tales humillaciones, necesito la felicidad de mi hijo... me es indispensable, lo exijo, y la lograré por cualquier medio que sea, aun por los que usted tanto teme.

Isa. ¿Qué oigo? ¿Y tu deber, tus juramentos?

Fel. Y usted que me reconviene ¿cumple usted por ventura los suyos?

Isa. Gente viene: ¡silencio por Dios! (2)

ESCENA VIII.

Dichos y LORENZO.

Lor. Señor Felipe.

Isa. ¿Qué hay, Lorenzo?

Lor. Nada, señora; es para el señor Felipe.

(1) *Deteniéndola con fuerza.*

(2) *Felipe vuelve á tomar una postura reverente. Doña Isabel se aparta hácia la izquierda.*

Fel. ¿Para mí?

Lor. Sí señor; este papel para usted que acaba de subir el portero: si yo hubiera sabido que estaba aqui la señora no hubiera entrado asi...

Fel. No tiene sobre.

Lor. No importa, no importa, es para usted; un mozo la ha traido hace ya un buen rato, diciendo que se le entregase al instante.

Fel. Es particular.

Isa. Basta. Anda con Dios, Lorenzo.

ESCENA IX.

FELIPE *y* DOÑA ISABEL.

Fel. No sé por qué me estremece esta carta. (1) ¡Ah!

Isa. ¿Qué es?

Fel. ¡Federico! ¿Será cierto? (2)

Isa. ¡Federico! ¿Qué dice? ¿qué nueva desgracia... (3) "Padre mio, perdoneme usted si le desobedezco; pero ahora menos que nunca puedo vivir afren-

(1) *Recorre la carta, y da un grito.*

(2) *Suelta la carta, y se arroja en el cuarto de Federico.*

(3) *Recoge la carta, y la lee rápidamente.*

tado. Hijo de militar, nadie podrá llamarme cobarde; ha llegado la hora. A Dios. Dentro de poco, ó quedaré vengado, ó ya no existiré." (1) ¿Es posible? ¡Federico!

Fel. (2) Esto es hecho; la ventana que dá al patio estaba abierta... se ha escapado.

Isa. ¡Dios mio!

Fel. Marchó, y tal vez en este momento... (3) ¡Hijo mio! ¡querido hijo!

Isa. (4) ¡Felipe!

Fel. (5) Ya no le veré mas; le matará.

Isa. (6) No, no; tal vez será tiempo todavia; es preciso seguirlos.

Fel. ¿Y adónde? ¿Dónde estarán ahora?

Isa. No importa, es preciso hallarlos (7). Lorenzo, Pepe, Antonio, (8) venid todos, pronto, al momento.

(1) *Dirigiéndose hácia Felipe.*
(2) *Pálido.*
(3) *Sollozando.*
(4) *Sosteniéndole.*
(5) *Cayendo sobre un sillon.*
(6) *Agitada.*
(7) *Corriendo á la puerta del fondo, que abre y llama.*
(8) *Toca la campanilla.*

ESCENA X.

Dichos, LORENZO, *varios criados*, *y* MATILDE.

Isa. ¿Dónde está mi sobrino?

Lor. ¿El señor vizconde? Ya ha rato que salió.

Isa. ¿Y Federico, quién le ha visto salir?

Lor. Yo estaba á la puerta cuando salió; subió sin reparar en nada en un coche de alquiler de los que estan en fila en la calle...

Isa. ¿Qué direccion tomó?

Lor. No puse cuidado, señora; y no sé...

Mat. (1) ¿Qué es eso, querida tia? ¿qué hay?

Isa. Nada, hija; quisiera hablar inmediatamente al vizconde. (2) Montad á caballo todos, id á casa de mi sobrino, á casa de sus amigos, buscadle donde quiera que esté, decidle que le espero, que quiero verle al momento; vamos, al instante.

Lor. Pero señora...

Isa. Sin dilacion, y traedle con vosotros (3).

(1) *Entra.*
(2) *A los criados.*
(3) *Vanse.*

Mat. ¡Dios mio! Nunca la he visto á usted tan inquieta por el vizconde. ¿Es cosa tan urgente?

Isa. Sí: quítate: ¿me dejarás en paz? Te lo mando: ¿no puedo yo estar sola?

Mat. Me voy, tia, me voy. ¡Jesus! ¡Jesus! ¿Qué será esto? (1)

ESCENA XI.

DOÑA ISABEL *y* FELIPE.

Isa. Felipe... vuelve en tí: tal vez... sí... volverá.

Fel. No señora, no; él no tiene mas que valor, y su contrario... no me engañan mis presentimientos, ya nunca le veré.

Isa. (2) ¡Federico! ¡Nuestro hijo!

Fel. Esa es la primera vez que pronuncia usted esa palabra: ¡nuestro hijo! Ahora llora usted; ya es tarde.

Isa. Sí; aunque se haga pública mi vergüenza, yo le quiero con todo el amor de madre: cuántas veces se han abierto mis brazos para estrecharle á mi pecho, ¡para llamarle hijo!... siempre se cerraban de desesperacion... ¡Ah, Feli-

(1) *Vase.*
(2) *Llorando.*

pe! si hubieras podido leer en mi corazon, si hubieras conocido sus angustias, la lucha de sus afectos, me hubieras perdonado. Mi único consuelo era pensar en él, pensar en su porvenir, en su felicidad, sus bienes...

Fel. (1) ¡Bienes! ¡dinero! Sí; ustedes creen que eso es todo (2). Una madre era lo que debia usted haberle dado.

Isa. ¡Por Dios, Felipe!

Fel. Usted le amaba, y él no lo sabia.

Isa. ¡Felipe!

Fel. Morirá sin que su madre le haya dado un abrazo.

Isa. ¡Por Dios!

Fel. Su orgullo de usted... usted es quien le asesina.

Isa. ¡Cielos! no, no; no morirá: el cielo tendrá piedad de nosotros. Matilde, mis bienes, mi vida, todo lo doy si me vuelven á Federico.

Fel. A buena hora. (3)

Isa. ¿Qué es eso?

Fel. Silencio. ¿No oye usted? Ha sonado un coche.

(1) *Amargamente.*
(2) *Se levanta.*
(3) *Escuchando.*

Isa. Ha parado en casa (1). Sí. ¿Por qué hemos de temblar? El será, Federico.

Fel. Sí, le traerán moribundo.

Isa. Esto es demasiado padecer: sepamos cuanto antes... (2)

ESCENA XII.

DOÑA ISABEL, MATILDE *y* FELIPE.

Mat. Tia, tia, tranquilícese usted; aqui está.

Fel. é Isa. ¿Quién?

Mat. (3) Su sobrino de usted: el vizconde.

Isa. Yo fallezco (4).

Mat. ¡Cómo... preguntaba usted por él, y cuando viene... ¡Dios mio! socorrámosla: Felipe... ¡ay! me da usted miedo.

Fel. ¿Viene, eh? Mejor... me matará tambien á mí, ó le vengaré (5).

Mat. ¡Felipe!

(1) *Se miran, y se dan la mano para sostenerse: doña Isabel trémula.*

(2) *Se precipita hácia la puerta, y encuentra á Matilde.*

(3) *Alegre.*

(4) *Cae en un sillon.*

(5) *Va hácia el fondo, y Matilde quiere detenerle.*

Isa. Detente. (1)
Todos. El es.

ESCENA XIII.

Dichos y el VIZCONDE.

Fel. Viene solo; no hay duda.
Isa. Yo me muero.
Viz. (2) Vamos, ¿qué ocurre? Estan ustedes todos pálidos, consternados... (3) ¿Con que usted sabia...
Isa. Todo lo sabemos.
Viz. ¿Y temblaba usted por mí? ¡Qué bondad! Pues ya sosiéguese usted, tia mia, ya estoy aqui.
Fel. (4) ¿Y Federico?
Mat. (5) ¡Federico!
Fel. (6) Salgamos...
Viz. (7) ¿Qué? ¿Qué tiene este hombre?
Fel. Sígame usted.
Viz. ¿Para qué, para socorrerle? Es inútil... Su herida no vale la pena.

(1) *En el fondo el vizconde.*
(2) *Alegre.*
(3) *Se acerca á su tia.*
(4) *Acercándose al vizconde.*
(5) *Asustada.*
(6) *Con rabia.*
(7) *Admirado.*

Isa. ¿Qué dices?

Mat. ¡Su herida!

Fel. ¿No está mas que herido?

Viz. Un rasguño... Contra mi costumbre.

Todos. ¡Es posible!

Fel. ¡Ah! Vizconde, ¿no me engaña usted?

Isa. ¿No le has muerto?

Viz. ¡Yo! Pues está bueno: si hubiera sido un tirador como yo, podia apostarse doble contra sencillo que ese hubiera sido el resultado; pero como es un torpe, que en su vida las ha visto mas gordas, él ha sido el que por poco me...

Fel. ¿Cómo?

Viz. Primero le pinché en la mano... un arañazo, nada; entonces me planté, y le dije: Señor mio, basta, ya hay sangre. ¿Cómo que basta? gritó, volviendo á coger su espada: no señor; aqui ha de quedar uno de los dos; defiendase usted. Y se arroja sobre mí, como un loco, sin gracia, sin método, contraviniendo á todas las reglas, cosa insufrible para quien se bate por principios. Y en el momento en que yo le grito, riéndome, que tenga mejor su espada, me hace saltar la mia.

Fel. ¿Le ha desarmado á usted?

Viz. Contra todas las reglas; sin embar-

go, lo confieso, se ha portado con honor, y si no es diestro, á lo menos es valiente.

Isa. (Reconozco la sangre que corre por mis venas.)

Viz. Entonces me dijo generosamente: Vuelva usted á tomar su espada; y yo no quise: al fin le debia la vida.

Fel. (¡Es hijo mio!)

ESCENA XIV.

Dichos y FEDERICO, *que trae la mano vendada con un pañuelo.*

Todos. ¡Federico!

Fed. (1) ¡Querido amigo! ¡Querido pa...

Fel. (2) Bien, bien. (3) Es mi hijo, es mi hijo.

Fed. ¿Me perdonan ustedes este mal rato que...

Mat. Yo no señor; no tiene perdon habernos dado tal susto.

Fed. ¡Matilde!

Isa. A mí nada me dice; me juzga indiferente, y no cree deberme consolar. ¡Ah,

(1) *Abrazando á Felipe.*
(2) *Interrumpiéndole.*
(3) *Aparte mirándole con vanidad.*

cuánto sufro! (1) Federico...

Fed. Perdone usted, señora; apenas me atrevo á presentarme delante de usted.

Isa. ¿Por qué? ¿Crees que no he participado de los temores que los dos me habeis causado, yendo en ello lo que mas aprecio en el mundo? (2)

Viz. Es usted muy amable, tia; ya sabe que ha hecho un gran servicio á toda la familia.

Isa. Por lo mismo debemos agradecérselo de una manera digna de nosotros. Sobrino, varias veces hemos hablado de tu boda con Matilde; pero me parece que he leido en su corazon...

Mat. ¿Me dice usted á mí, tia?

Isa. Sí; me parece que prefiere, como su madre, una boda por amor, á una boda por razon de estado; y para satisfacer de este modo las obligaciones de toda la familia, he determinado, si á ella le parece bien, conceder su mano á aquel á quien tú debes la vida.

Fed. ¡Es posible!

Mat. ¡Qué fortuna!

Viz. Por consideraciones á mí le da una heredera de cien mil reales de renta.

(1) *A él.*
(2) *Mirando á Felipe.*

¡Jesus, lo que me quiere mi tia! (1)

sa. Y ademas haré por Federico lo que debo hacer. (2) Asi que se casen, Felipe, ahora no.

Fel. ¿Qué tiene usted? (3)

sa. (4) ¡Qué ganas tengo de abrazarle!

Fel. (5) ¿Y quién se lo impide á usted?

sa. (6) No me atrevo.

Fel. (7) ¿No se atreve usted? ¡Qué desgraciada debe usted ser! Vaya (8), caballerito, ¿quiere usted mas? Ha hecho usted una bonita suerte; una muger lindísima, cien mil reales de renta... ¿No da usted las gracias á quien tanto hace por usted?

Fed. ¡Ah! Mi vida no bastaria para... (9)

Fel. ¡Eh! No señor, asi no. (10) Un abrazo; la señora lo permite.

sa. ¡Ah! (11) No resisto mas. ¡Hijo mio!

(1) *Felipe se acerca á doña Isabel.*
(2) *Bajo.*
(3) *Idem.*
(4) *Idem.*
(5) *Idem.*
(6) *Idem.*
(7) *Idem.*
(8) *Alto.*
(9) *Besando la mano á doña Isabel.*
(10) *Empujándole.*
(11) *Le abraza.*

Fed. ¿Qué dice usted?

Mat. y Viz. ¿Su hijo?

Isa. Sí, amigos: ha llegado el momento de descubrir un secreto que ha estado á punto de esponernos á todos á una desgracia. Vuelve, hijo mio, á mis brazos, y reconoce en mí una madre que se honra con este título á la faz del universo. Y tú, Felipe, basta de humillaciones; llega, y ocupa para siempre el lugar que de derecho te corresponde, y que te ha conquistado tu virtud. Felipe es mi esposo.

Mat. y Viz. ¿Qué dice usted?

Isa. Sí; mas despacio podré esplicaros este arcano. (1) Desde hoy solo tendrás á tu cargo la felicidad de toda la casa.

Fel. Yo soy dichoso, mas dichoso que nadie; mírelos usted unidos; esos eran los deseos de Felipe; se han cumplido, y ya nada necesito.

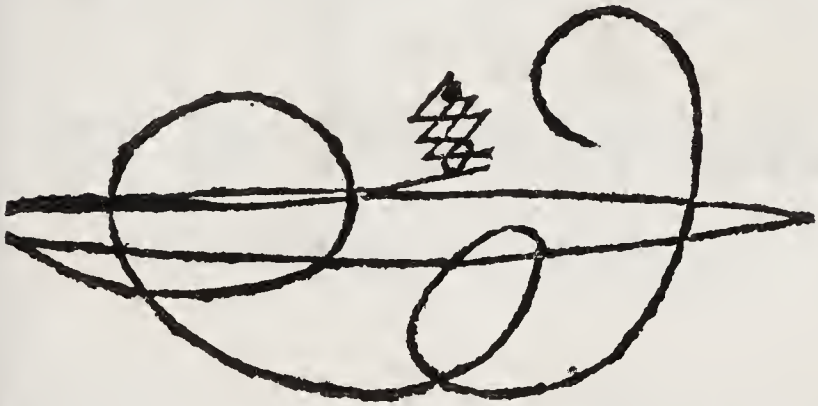
FIN.

(1) *A Felipe.*

CATÁLOGO.

De las piezas dramáticas que se venden en la librería de Escamilla.

TITULOS.	*Actos.*	*Actrices.*	*Actores.*	*Precio.*
No mas mostrador.	5	2	8	6 rs.
Marcela, ó ¿A cuál de los tres? . . .	3	2	4	6
Engañar con la verdad.	3	3	6	4
Los primeros Amores.	1	1	4	3
A la Zorra candilazo.	1	1	1	3
El Amante prestado.	1	2	4	3
Un Paseo á Bedlam.	1	1	4	3
Mi tio el jorobado.	1	3	3	3
El Tasso.	5	4	6	4
Acertar errando, ó el cambio de diligencia.	3	4	8	4
El Testamento. . .	1	1	4	3
Shakespeare enamorado.	1	2	1	3
La Máscara Reconciliadora.	1	3	2	3
El Gastrónomo sin dinero.	1	1	8	3
El Afan de figurar.	5	2	4	4

TITULOS.	*Actos.*	*Actrices.*	*Actores.*	*Precio.*
La Cuarentena. . .	1	1	4	3
El Peluquero de Antaño y el de Ogaño.	1	2	4	3
El Pobre Pretendiente.	1	2	6	3
La Pata de Cabra.	3	2	15	4
El Jugador.	5	2	7	6
Las Costumbres de Antaño.	1	2	6	4
Tal para Cual. . .	1	5	2	4
¡Cuidado con las novias!	5	3	7	4
La Elisa.	2	4	7	4

Esta Comedia es propiedad legítima de su Editor, quien pondrá su firma en todos los ejemplares, y perseguirá ante la ley al que la reimprima.